

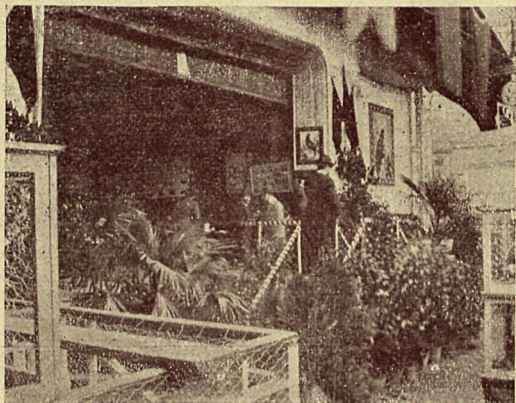
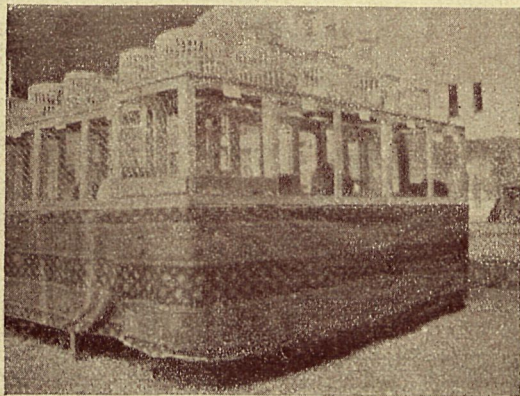
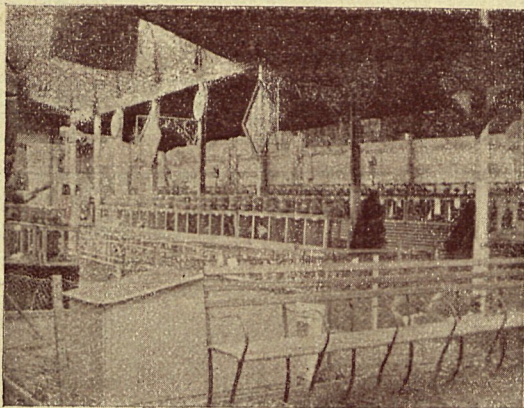
L

INSTANTÁNEAS



LA BELLA GERALDINE

BARCELONA: Exposición de avicultura.



1.^a Lado lateral.—2.^a Conejar modelo.—3.^a Sección de ventas.
Inst. de F. Ligad^os



Instantáneas



DIRECTOR: M. SALVI

OFICINAS: CLAVEL, 1, MADRID



Eusebio Blasco.

Periodista y escritor
ingenioso y erudito;
los ¡Pobres hijos! que ha escrito
doblan su fama de autor.
Blasco no se ve agotado
y siempre su ingenio brilla,
como en *La rosa amarilla*
y en su *Pobre porfiado...*
Son sus obras teatrales
reflejo de la verdad,

pues pinta á la sociedad
con sus virtudes y males;
sin importarle ni un bledo
de lo que cierta gente haga,
cuando descubre la llaga
y pone sobre ella el dedo;
porque como buen baturro,
sólo escribe lo que siente,
y aunque le chille la gente,
no se apea de su burro.

A. MELANTUCHE

¡Pobres hijos!

ACTO SEGUNDO—ESCENA VII

ENRIQUE, Sr. Thuillier.—D. AGUSTÍN, Sr. Jiménez (D). (*Enrique va á la mesa, donde estará su sombrero, y se lo pone.*)

- AGUS.—(¡Eh!)
- ENR.—Desearía saber, porque he estado mucho tiempo ausente, si tiene usted en esta casa alguna autoridad, representación, carácter de persona de la familia.
- AGUS.—(*Buscando el sombrero.*)—Quisiera yo saber también...
- ENR.—¡Qué!
- AGUS.—(Tengamos calma, no perdamos á la vez los dos asuntos... el chiquillo es violento...) (*De pronto.*) Quisiera saber con qué derecho me lo pregunta usted.
- ENR.—Soy, como sin duda sabe usted, el novio de Salomé.
- AGUS.—Sí, tengo una idea; le conocí á usted poco antes de irse á la guerra.
- ENR.—Hay que conocerse antes de hablar. Yo me llamo Enrique de Guzmán, soy el hijo menor del conde de Argandaña, soy capitán de ingenieros y traigo dos cruces muy bien ganadas. Sepamos quién es usted, qué es usted, qué profesión tiene, qué arte ejerce, qué carrera es la suya.
- AGUS.—Aunque el tono con que usted me habla me da derecho á no responder, responderé. Soy... bolsista.
- ENR.—¿Bolsista?... ¿Agente de Bolsa?
- AGUS.—No, señor.
- ENR.—¿Corredor?
- AGUS.—Tampoco.
- ENR.—¿Bolsista á secas! Madrileño que entra y sale en la Bolsa, socio de varios círculos, abonado en los testos, quince luises en banca, barrera en los toros. ¡Don Agustín! ¿No es eso? Pues yo no puedo entenderme con usted, porque usted no es nadie.
- AGUS.—¿Caballero!
- ENR.—¡Nadie! Y si de algo sirve en el mundo, es de lo que hace poco he descubierto yo: de engañar mujeres, de vivir junto á ellas; de escándalo á las hijas, que por obra de usted tienen que dudar de sus madres. ¡No tome usted ese aire de amenaza y de enojo, porque es inútil. Lo que he oído y visto no puede usted negármelo!
- AGUS.—Pero puedo negarle á usted el derecho de escandalizar.
- ENR.—¿Y por qué?
- AGUS.—Porque con el escándalo no hace usted ningún favor á Salomé.
- ENR.—Salomé sabe á qué atenerse.
- AGUS.—No importa. Se vive en el mundo de mutuas concesiones y respetos, y permítame usted que se lo diga, porque tengo más años que usted, ya que no hay secretos entre nosotros, vamos á buscar soluciones hábiles..
- ENR.—(*Indignado.*)—¡Eso es! ¡Soluciones hábiles! Salvar el decoro de quien no lo tiene, evitar que lo que se dice en voz baja se diga en voz alta, vivir de esta hipocresía reinante en la que todos son sepulcros blancos, ¡blancos por de fuera y por dentro podredumbre y cieno! No, yo soy soldado, vivo de mi honra, y quero decirle al mundo farisaico en que vivo que doy mi nombre á la hija de una mujer abominable; pero que quiero que se sepa que no paso por las indignidades ajenas!
- AGUS.—Pues un soldado, como usted dice, no tiene para qué ofender á una señora.
- ENR.—A una mujer.
- AGUS.—A una señora.
- ENR.—¡A una mujer, digo!
- AGUS.—Mire usted, joven; está usted ciego.. me está usted provocando; cada cual tiene su dignidad. ¿Qué es lo que usted quiere?
- ENR.—¡Quiero.. quiero hacer justicia, y matarle á usted como se mata á un perro!
- AGUS.—¡A mí! (*Avanzando hacia él. Sale Salomé y se abraza á él.*)
- SAL.—¡Enrique! (*Suena la campanilla del cuarto de Lucía.*)
- AGUS.—Quiere usted, el soldado... matarme... si me dejas, así, de valiente, sin ninguna forma social... Vaya, D. Enrique, las cosas claras... Si lo que usted desea es un escándalo madrileño, lo sentiré por usted y por la novia, y lo acepto; pero si lo que desea es un lance en serio, sin testigos...
- ENR.—¡También lo acepto! Solos, con cuatro amigos... Pero si un periódico, el más insignificante, habla de ello...
- AGUS.—Hablará si usted lo cuenta, porque yo detesto la publicidad. Por mí no ha de saberse.
- ENR.—¡Sea!
- SAL.—No, yo no lo permitiré. ¡Mi deber es otro!
- ENR.—¡Calla, Salomé, calla!
- AGUS.—¿Cuando usted quiera y como usted quiera!
- ENR.—¡Sin que nadie lo sepa!
- AGUS.—Entendido.
- ENR.—(¡Le mato, te juro que le mato!) (*A Salomé*)
- AGUS.—(¡Pobrecillo! Le doy una estocada y hago el negocio más rebondo de mi vida)

Los grandes éxitos.

TEATRO DE LA COMEDIA



...y luego vuelta á empezar.

¡Dios, qué mujer aquella! ¡Qué torbellino! Tiraba al blanco, cazaba, montaba á caballo y según afirmaba una vieja, por entre las hiedras que cubrían la verja del parque, se la había visto fumar unos cigarrillos que oían muy bien.

Ya les había caído qué hacer á los desocupados de Villafloja, que eran muchos, con la presencia de Pepa Rodríguez.

Cuando se instaló en el hotelito que había previamente alhajado una doncella muy mona y muy vivaracha, hubo en el pueblo conciliábulos de comadres y chismorreos por largo, y tras mucho fisgar y sonsacar á los criados, se supo bastante, aunque no todo lo que apetecía la rabiosa curiosidad de los villaflojenses.

¡Era una cómica!

Esta noticia conmovió hasta en sus más profundas raíces á aquella sociedad pacífica y morigerada.

¡Una cómica! ¡Ya se conocía!

Ya se comprendían cosas hasta entonces inexplicables.

Ninguna mujer *como Dios manda*, va sola por el campo y menos á misa, ni canta al piano á las doce de la noche, ni se levanta á las diez de la mañana, ni se mete en la choza de nadie, aunque sea para socorrer una miseria.

Pero la gente de esos mundos es así; ¿qué habían de hacer los villaflojenses más que aguantarla?

Bien es verdad que ella no molestaba á nadie; que no era orgullosa como las señoritas del pueblo; que había cedido muchos de sus libros y muebles para la escuela y que, desde su estancia en Villafloja, parecía otra la iglesia de engalanada: cubiertos de telas y candelabros los altares y de cuadros y cornucopias las paredes.

No paró aquí la espléndidez de la tiple. Para la fiesta de la Virgen de las Nieves, patrona del pueblo, quiso contribuir con sus propias alhajas, regalando para la imagen una diadema de brillantes y esmeraldas que valía un capital.

¿Era para la artista emblema de glorias y laureles conquistados en la escena? ¿Simbolizaba quizá el homenaje de un vasallo de amor? ¿Quién sabe si era su más preciado recuerdo y si por esto mismo se desprendió de él como sacrificio de sus ideales ó como pena impuesta á culpas pasadas!

Este rasgo de generosidad acabó de reconciliarla con los más atrabiliarios. Pasó el tiempo y Pepa Rodríguez, doña Josefa, como la llamaban todos con desesperación de la espiritual mundana, llegaba casi á acostumbrarse á aquella vida tranquila en la que había sabido anar detalles de exquisito gusto, con las costumbres patriarcales que regían entre aquellos peñascos. Libre de los sufrimientos del presente, pero no de las nostalgias del pasado, complacíase abismando en dulcísimas añoranzas su espíritu soñador y privilegiado.

Se acercaba el día de la Virgen de las Nieves. Pepa había prometido á las monjas, á cuyo cargo estaba la iglesia parroquial de Villafloja, acompañarlas en su coro cantando la parte de tiple de las glosas á la Virgen durante la solemne novena que la dedicaban todos los años.

Los ensayos con las monjas la divertían extraordinariamente.

Ella, la tiple más popular del género chico, que tantos voluptuosos deseos había encendido en Madrid cuando cantaba picarescamente alegres *couplets*, entonando ahora cristianas melodías desde el coro de monjas de una vieja iglesia de pueblo... Si alguien de allá la sorprendiera, ¿cómo se había de reír!

Llegó el primer día de la novena.

El templo estaba ocupado hasta el pórtico por una multitud anhelosa de escuchar á la cómica, que iba á cantar á la Virgen aquella noche, después de haber cantado al demonio tantas otras.

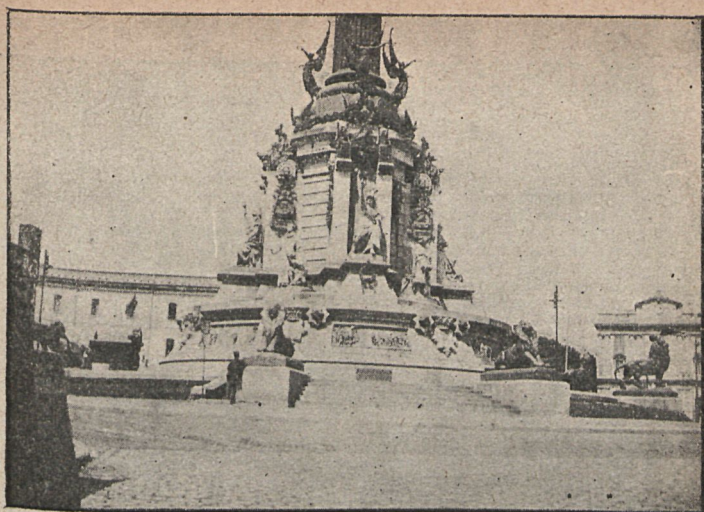
Había una novedad más á qué atender; á un señorito muy elegante llegado aquella tarde á Villafloja. Estaba allí por una casualidad. Enviado por una compañía belga para examinar *como ingeniero las minas de plomo argentífero, emplazadas á pocos kilómetros del pueblo*. El juez, á quien iba recomendado Manolo Espinosa, le hizo observar las alhajas que adoraban la imagen de la Patrona. Manolo se estremeció cuando la rica diadema hirió su vista.

Una así, con la misma estrella sobre la esmeralda del centro, había él regalado la noche de su beneficio á Pepa Rodríguez: La mujer de su vida, su gran locura. Aquel recuerdo le distrajo de cuanto le rodeaba. Comenzó á pensar en ella, en su teatro, en aquellas horas felices pasadas cerca de la mujer adorada. Le parecía que estaba allí, á su lado, la pobre Pepa, desaparecida hacía cerca de dos años del mundo de los vivos, á raíz del escándalo que dieron sus relaciones efímeras con Enriqueta, la íntima amiga de Pepa. La verdad es que no se esperaba la facilidad de la una ni la extrema solución de la otra. Bien arrepentido se hallaba y bien le había castigado su ausencia. La incertidumbre sobre el paradero de su antiguo amor le consumía.

De pronto, el órgano majestuoso y grave, lanzó un torrente de severa armonía, que fué en decreciendo hasta dejar que el canto de las monjas resonara con pureza en el ambiente saturado de incienso.

Volvió á oírse el órgano potente y avasallador retumbando heroicamente, ahogando los últimos compases del coro. De entre los raudales de música surgió una voz fresca y sonora resistiendo valerosamente las estruendosas notas del órgano, que, como humillado, fué apagando sus sonidos poco á poco.

Manolo creyó que soñaba: Aquella voz que llenaba los ámbitos del templo con sus



BARCELONA: Base del monumento á Colón.

Inst. de L. Calderón.

delicadas modulaciones, hiriendo los oídos insinuante y suave unas veces, desgarradora otras, era la de *ella*, la de su tiple.

La reconocía muy bien; ¡pero sonaba detrás de las celosías de un convento! El juez se encargó de explicarle el caso.

¡Cómo se había de figurar Manolo Espinosa que en un rincón como aquel iba á encontrar á su ídolo!

.....
 La casualidad es la gran celestina de la vida.

*
 **

Desde aquella noche no traspasó la celosía que separaba el convento de la iglesia, más que el cántico gangoso y monótono del coro de monjas.

La Virgen de las Nieves había perdido su cantora de glosas.

J. SÁNCHEZ GERONA

EL SUEÑO DEL BURRO

FABULA

Harto de paja y cebada
 y rendido del trabajo,
 se echó á dormir, boca abajo,
 un burro en una posada.

—Voy á hacer la digestión
 y á descansar del mal trato —
 dijo, y quedó al poco rato
 dormido como un lirón.

Y como indudablemente
 el burro *piensa*, aquel día
 el burro aquél sostenía
 este monólogo *in mente*:

—«¡Ah! si tuviera poder
 yo solo para cambiar
 mi suerte y no trabajar...
 ¡no haría más que comer!
 Dormir bien, mucho regalo,
 coles, frutas, agua y sal
 y evitar que el animal
 del amo me diese un palo;
 cargarme con poco peso
 y lo de una vez en diez;
 llevar sólo paja en vez
 de llevar sacos de yeso;

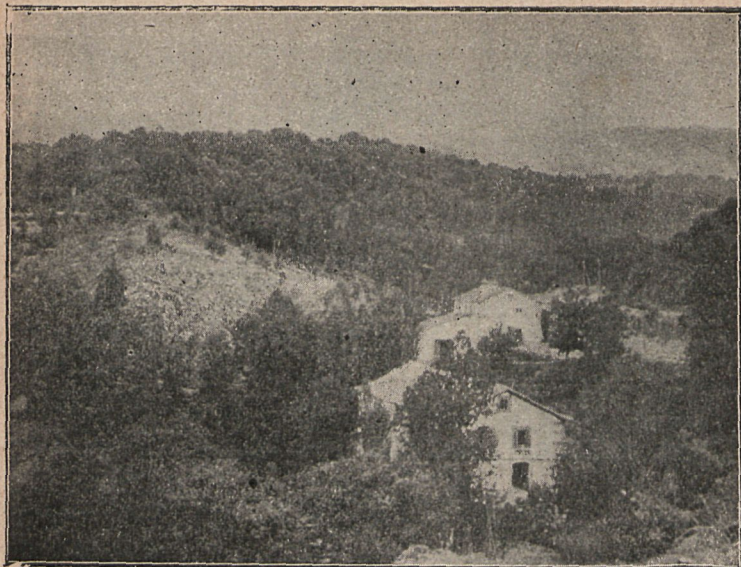
descansar en el camino
 las veces que yo quisiera,
 mientras que el amo pudiera
 echar un trago de vino.

No pensar en que mañana
 he de volver al trabajo,
 y que he de hacerlo á destajo
 y tenga ó no tenga gana;
 no importarme que á un amigo
 —por su sino desgraciado—
 lo vendan en el mercado
 por dos arrobas de trigo.

Ni nunca hacer el amor
 á las burras del lugar,
 porque esto da que pensar
 y produce mal humor.
 Con todo cuanto discurro
 qué feliz sería yo!..»

.....
 Una cosa, no pensó;
 que fué... ¡en dejar de ser burro!

E. LÓPEZ MARÍN



Sejar desde el camino de Candelario

Inst. de S. Faura Gómez.

COSAS DE LA VIDA

BAILA QUE TE BAILA

Estamos en pleno reinado de Terpsicore. El santoral de este mes está incompleto, porque en Febrero tienen su devoción y su culto dos santos varones milagrosos: San Vito y San Pascual Bailón.

Apenas *Febrerillo el loco* comienza, desbórdase Madrid en plena furia de bailes; las sociedades que exigen «el traje de etiqueta» y luego reciben en su seno á los más acreditados devotos del *moropio*: el gran mundo, organizando *soirés* y cotillones, y preparando sus fiestas de Carnaval, con sus bailes de cabezas; los bailes de la Zarzuela, donde estu liantes y modistas se pasan la gloria en un *agarrado que se marca*; los Escritores y Artistas, que esta noche reunirán en la Comedia á lo más granadito de la corte; las tardes en casa de las de Martínez, y las noches en casa de las de Jiménez y las madrugadas en otras casas, ponen á Madrid patas arriba, á los niños inaguantables, á los jóvenes tocados de aquí (*señalando la sien*) y á los viejos chocheando, que da grima verlos.

Todo el santo día de ayer, ni ví ni oí otra cosa.

Al entrarme el chocolate la criada, iba tan absorta en sus ideas, que se coló de roncón, cantando:

El.. automóvil mamá...
es una cosa...
que sorprende á las gentes, mamá...
y es prodigiosa.

--Ché... tú, Isidora... ¡Qué jaleo es ese! Cuando estés en el baile tienes ti mpo.

--¿Yooo?; *Manque ma fusilen*, no voy! ¡Le *paece* á *usté* lo que me pasó anoche? Porque *allegó* el de la tienda á pedirme una polka, va y se pone mi novio... Pues, lo que yo digo: me da la gana. ¡*Verdá usté?* Vamos á ver; que se ofrece dar unas vueltas, pues se dan y san se acabó. No *paece* que el novio la tiene á una en el bolsillo del chaleco. ¡Tuviera que ver!...

A todo esto, yo no había abierto la boca. La dejé que se despachara á su gusto; había hecho propósito de observar todo lo que me hablaran hasta la noche.

Por fin, viendo que yo no decía ni que sí ni que no, salió de la alcoba, refunfuñando: --Pues sí, que bailo con el de la tienda. Pues sí, *que bailo*. Y como si la pudiera oír su novio, empezó á cantar:

¡Qué placer .. es bailar...
y mover el cuerpo así...!

*
*
*

Quando llegué al comedor, me encontré de manos á boca con una bronca morrocotuda. Dos apreciables compañeros se disputaban un billete para el baile de Escritores y Artistas de esta noche en la Comedia:

—Pues claro... Lo primero, que va mi novia.
 —¡Toma! Y la mía. Si vamos á eso.
 —Y luego que tú no tienes frac.
 —¿Que no? ¿Quieres venir á casa y te lo enseño? Mejor que el tuyo cincuenta veces.
 En fin, que el billete me lo llevo yo, ¿sabes? Porque aquí el único que entiende de música es *mená*?... Y de literatura...
 —Bueno. Vamos á ver. ¿De quién es *Fausto*?
 —De Goethe.
 —Je, je... ¿Lo ves? Si eres un *congrio*.
 —¿Que no es *Fausto* de Goethe? Hombre, te has caído... ¡Precisamente lo he leído en un artículo de *Clarín*...
 —En fin, déjate de pamplinas. ¿A qué vas á ir al baile? ¿Tú sabes el *galop*?
 —¿Qué si lo sé? Verás.—Y comienza á dar carreras.
 —¿Y eso es *galop*? El *galop* es este..—Y sigue dando zancajadas. Uno que no para y el otro que no cesa, y los demás riendo y alborotando, se armó un jaleo descomunal, hasta que mi ajamonada patrcna, entró hecha una furia. (*Silencio de muerte.*)
 —Ahí... A alborotar, á romper las sillas, á hacer ci-co la estera... (pausa). ¡Por ir al baile! Bien podían ustedes pagarme y no ser tan bailarines... (Se va.)
Uno.—¿Qué *tia!* ¿Has visto qué modos?
Otro.—Haberle dicho algo, y no que os habéis *quedao*... En fin...
 Ay... qué .. bien...
 en el baile esta polka va á resultar...

* *

Apenas el camarero me sirve el café, en la mesa de al lado entablan una disputa un señor gordo, peinado de *persianas*, y un teniente engallado, los dos con aire muy flamenco y muy *echao pá adelante*.

—Ni *aqueyo* eran *zevillanas*, ni el Dios que lo ha visto.
 —¿De *manéa* que la *muonza* de la Matilde no es de ley?... *Pó zombre; quiziéa* yo vé á la mejó bailaora der mundo; *que ze iba á vé* las caras con la Matilde...

—¡Camará!... Pos nó la pones tú mú zubiá... Te pensarás que está loquita por tí. ¡Ja, jay, qué gracia!

—Oigas té: poquitas patáas. Yo no digo que esté loca; pero á ver á cuál de los dos le jaze caso...

—Azaura. ¿Te quiées enzengañar dentro un rato? Pos vamos á ir, y lo vás á ver... Eza... Míá tú que eza, en cuantito que yo le diga...

—En fin, ¡pá qué es hablar más!...

Callan un momento. Se miran con sorna, como despreciándose el uno al otro. Luego, el gordo se recuesta en el diván y canta á media voz:

Sí es que no *zabés* bailar
 procura *enzeñate* pronto:
 que este mundo es un fandango
 y el que no lo baila, un tonto...

* *

Salía yo de Lara, con dirección á la Puerta del Sol, cuando en la red de San Luis oigo voces como de mucha gente. Corro allá y veo un numeroso grupo de trasnochadores rodeando á unos guardias que llevaban á la prevención á un apreciable *curda*.

Porque yo—decía tambaleándose—soy federal ¿eh?.. Y á mí... tal, de que *haiga* jesuitas ¿eh?... La autoridad es, porque *aca* queremos que sea *autoridáz* que sirva ¿eh?... Guardia *ustés* es *autoridáz* del pueblo... del ciudadano... ¿eh?...

Llegóse á esto un *golfó* y le tiró el sombrero; otro le dió un empujón, que por poco da en tierra. La gente «aullaba» de gusto, los guardias se reían muy contentos. Yo intervine y me puse de parte del pobre hombre. Murmuraron:—¡El señorito! Que si esto, que si aquello.

Al fin, un pilluelo se separó del corro y dió la señal:—¡Que baile!

Entonces llovió sobre mí la plebe, gritando á compás:

—¡Que baileee...! ¡Que bailee!...

Salí deprisa por librarme del chubasco y, todavía, mientras el sereno me abría la puerta, me predicaba con voz aguardentosa:

—¿De la Cumedia, eh? ¡Ha habidu mujeres da pistón! ¡Pch! ¿Sa puestu usté buenu, eh? Bailandu así... tan pretaditu, tan pretaditu...—Y se alejó, canturreando esta gallegada:

Tantu bailé en la puerta del cura,
 tantu bailé que me dió calentura...

EL BACHILLER CANTA-CLARO

MODA Y ARTE y *La Vraie Mode*, Revista en francés y en español. Se publica los días 5 y 25 de cada mes con modas adelantadas sesenta días á las de todas las revistas españolas.

La mejor para señoras, modistas y bordadoras. Veinte páginas de modas y labores en negro y colores, con un magnífico patrón cortado.

No se venden números sueltos. Sólo se admiten suscripciones. España, tres meses, 5 pesetas; seis meses, 10 pesetas; año, 20 pesetas. Oficinas, Clavel, 1, Madrid.

Se remite número de muestra abonando 80 céntimos en sellos.



LAS JOYAS DEL AMOR

por J. Conde de Salazar.

II LA TURQUESA.

En su loca y desatinada carrera, llegó Ernesto de Lepuy á un punto en el cual le hubo de cerrar el paso una muralla de carne humana que no era fácil romper.

Forcejeó lo que pudo, pero en vez de avanzar retrocedió.

Había llegado á una de las puertas de la ciudad, por la cual desfilaba en aquellos momentos una peregrinación á la Meca, compuesta de diez mil aspirantes al nombre de *Santón*, con el cual los árabes designan á aquellos que han visitado el sepulcro del Profeta.

Mal de su grado tuvo que detenerse y esperar; y como la carrera que había emprendido lo tenía algo fatigado, se recostó contra la pared.

Sin quererlo, molestándole aquel bullicio, hubo de fijarse en una figura extraña para él, que no conocía bien las costumbres árabes.

Era un hombre de elevada estatura, en extremo demacrado, y que, completamente desnudo, montaba sobre su camello.

Aquel hombre iba dando grandes voces y pronunciando tristes lamentaciones, de las cuales pocos de los peregrinos hacían aprecio.

Cosa tan extraordinaria para Ernesto de Lepuy, le hizo exclamar á media voz:

—¡Qué extrabagancia tan indecorosa y absurda!

No bien había acabado de pronunciar estas palabras, la voz de una mujer, voz dulce como el murmullo de la brisa entre las flores, sonora como la pequeña cascada del arroyuelo, le hubo de preguntar:

—¿Eres cristiano?

Ernesto volvió la vista hacia donde sonara aquella voz tan simpática que había llegado á su corazón, y contestó:

—Sí; soy cristiano.

—No debería entonces hablarte, pues toda mi desgracia depende de un cristiano que ha de venir á Damasco.

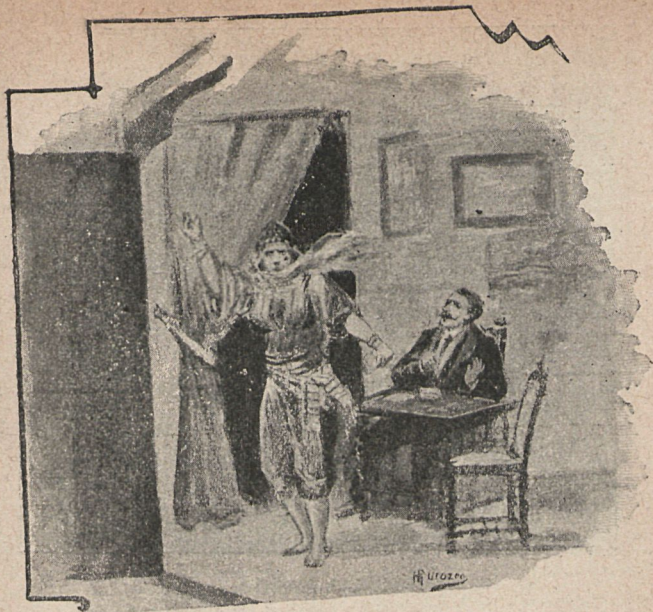


—Esas son supersticiones.

—No, son profecías, y por lo tanto, se han de cumplir llegado el

tiempo.

—Y tú, ¿qué eres?



—Yo soy judía, de la estirpe de aquella á la cual llaman *la Madre de Jesús*.

—¿Y á qué es lo que temes de un cristiano, tú tan hermosa?

—Que me robe la dicha y la esperanza.

—Explicáte si es que puedes y que quieres.

—Puedo y quiero, pues no es un secreto; tú tendrás noticias de aquel célebre combate naval que lleva por nombre *Lepanto*.

—Sí, conozco aquellos sucesos.

—Pues bien; un cristiano murió en el comienzo del combate, y su cadáver fué desposeído de un relicario cuajado de piedras preciosas.

—Sigue, pues no comprendo...

—Aquellas piedras preciosas fueron desmontadas y vendidas; la imagen de la *Madre de Jesús*, que estaba en el centro, fué arrojada al fuego... Dicen algunos que no se quemó; y los que tal afirmaron, nos predijeron males sin cuento el día en que un cristiano adquiriera alguna de ellas.

Ernesto palideció, sintiendo que su cabeza se desvanecía por momentos.

Pero hizo un esfuerzo, y dijo:

—Sigue, sigue... deseo conocer el final de esa historia.

—La piedra principal la posee Samuel el judío, y la tiene constantemente á la vista; pero ningún cristiano de los que la han visto la compraron, pues Samuel pide tanto por ella que nadie se la compra.

Ernesto vaciló más aún, pero pudo hallar fuerzas para decir:

—Y tú temes...

—Temo que, como te he dicho, llegue el día de la desgracia; no compres tú esa piedra preciosa: huye de casa de Samuel, y yo seré feliz algún tiempo más... tiempo en el cual quizá pueda amarte.

Tan grande era la palidez de Ernesto, que sorprendida la joven y comprendiendo la verdad, cambiando la dulce entonación por el acento del miedo, hubo de exclamar:

—¡Ah!... ¡Tú eres el cristiano temido, tú el anunciado como el vengador de aquel que pereció en el combate!... ¡Tú me matas, tú acabas de truncar mi felicidad!... ¡Yo te detesto, yo te odio y te maldigo!...

Y al decir esto salió corriendo como una loca, dando gritos de angustia.

Ernesto perdió el conocimiento. Cuando lo recobró, estaba en la fonda y en el lecho. El cónsul general, enterado de lo que ocurrió con el diamante lo andaba buscando, logrando encontrarlo con todas las apariencias de un cadáver que se tiene en pie.

Al tender la vista, pudo ver una carta y un estuche muy pequeño de marfil.

El estuche contenía una turquesa de gran valor y un papel que decía:

«Eso es tuyo: te odio.»

Desdobló la carta, la leyó, y tras una pausa dijo:

—Tú me odias... quizá algún día me ames.



SANTA CRUZ DE LA PALMA: Calle O'DALY

Inst. de J. M. R. Cabrera.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. C.—Logrosan.—Es muy largo y muy.. er'o. No sirve.

A. C.—Segovia.— ¡Pero, hombre de Dios!, ¿cómo quiere usted que publiquemos una cosa que empieza así?:

A ella (¡¡Ah!!)

*Rosa de gratismo aroma
entre todas la más bella,*

—Cuénteselo usted á ella

lo que sigue, porque al público no le importa saber cómo es esa ella.

Fray-Lecile.—Madrid.— Dicen que el género epigramático ha pasado de moda, y además sus epigramas no son ni dulces, ni punzantes... ni aceptables.

E. M. A.—Idem.—Aplíquese el cuento anterior; pero ño desista, porque lo último es algo mejor que lo otro.

R. M.—Oviedo.—En vista de su insistencia, publicamos algo. Véase la clase:

*Cuándo con otro la ví
fué triste día para mí.*

—Para mí fué también malo cuando sus versos leí.

Y no estoy dispuesto á dar otro día malo á los lectores de INSTANTÁNEAS.

Los dos amigos.—Sevilla.—Cómo se conoce que seis ostés unos guasones, cuando se han juntado dos ingenios para hacer una cosa como esta:

*Soledá la cigarrera
es una chula muy hechicera
que tiene amores ilícitos
con un punto de prisionera.*

—¡Calaveras!

G. L. M.—Jaén.—¿Conque usted cree que sus versos son buenos, eh? Pues m' alegre é verlo güeno.

Fotográfica.

J. G. G.—Bilbao.—Mil gracias, son muy buenas pruebas.

J. A.—Pontevedra.—Está bien, pero es pequeña. Procure copiar tipos.

J. Jiménez B.—Segovia.—Es una preciosidad. Nuestra enhorabuena.

R. P.—Valladolid.—Se publicará; es buena. Mande más y gracias. Procure hacer asuntos y tipos.

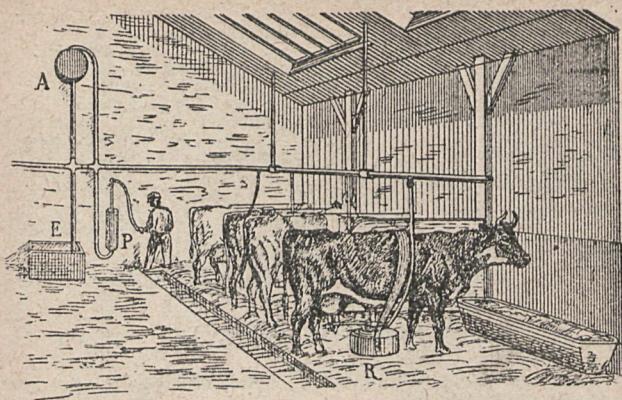
T. Noeli.—Madrid.—Muy bien, eso es trabajar bien. Las hay que son una preciosidad.

J. Ribeiro.—Oporto.—Entre las seis remitidas hay tres preciosas, pero se publicarán cuatro ó cinco. Procure hacer asuntos con figuras en mayor tamaño.

N. Salinas.—Tudela.—Muy bien, pero muy bien. Se publicarán seis. Mándenos asuntos del campo.

M. L.—Pamplona.—Sentimos mucho que por pequeñas y duras no sirvan. Haga usted figuras, pero de mayor tamaño.

Ecós del mundo.



Aparato automático para ordeñar vacas.

Consiste en una tubería dispuesta alrededor del establo, de la que salen varios tubos de goma que se unen á los recipientes que hay colocados debajo de cada animal. De estos recipientes parten otros tubitos de caucho, cuyos extremos están dispuestos de tal manera que se adaptan perfectamente á los pezones de las vacas.

La tubería general nace de una bomba aspirante que hace la absorción simultánea en todos los animales, operación que se regulariza por medio de un cilindro lleno de agua que tiene la bomba, y que sirve para evitar que la absorción de la leche se haga de una manera brusca y perjudicial para el ganado.

Este nuevo aparato para ordeñar se ha generalizado mucho en el extranjero por sus resultados excelentes, por su limpieza y por la economía que representa, pues un solo hombre puede ordeñar al mismo tiempo un buen número de vacas.

LOS INFORMES

—Tú ya sabes, Cayetano, que como yo y la Manuela ambos á dos nos tenemos una miaja de querencia, he pensado darle mi mano cuando me entere de ciertas cosas que son referentes á su interior, porque cuentan que si tuvo ó si no tuvo contigo y con el Almeja; y como tú la conoces lo mis no que si la hubieras llevado en tu seno, yo quiero que me digas lo que sepas pa que yo esté mas tranquilo, porque la cosa es muy seria; y no quiero que mañana, si es que me caso con ella, se pongan á saludarme desde la contrabarrera.

—Tiberio, tú eres un hombre, pero un hombre de una pieza, porque aunque no lo pareces, ni cosa que lo parezca, porque Dios te ha dao una cara que parece una molleja de payo, te traes tus cosas, y distingues, si se terciá, un acordeón de un caballo y un calcetín de una yegua. Pero vamos al asunto, que es lo que á ti te interesa, ú si se quiere te toca al honor y á la vergüenza.

—¡Muy bien hablabo!

—¿Qué tié nadie

que decir de la Manuela?
¡Si hay alguien que t nga hígados y riñones, que se atreva á proferir una frase ó un conceto que la ofenda! Porque si estuvo conmigo viviendo semana y media cuando al diñarla su tía se quedó la pobre huérfana, fué por no dejarla sola á la intemperie, y expuesta á un desatino.

—¡Bien hecho!

—¿Verdaz, Tiberio?

—Yo hubiera

hecho igual.

—Y no lo digo

porque tú me lo agradezcas.

—Ya lo sé.

—Porque con una

mujer como la Manuela, cuarquiera hace eso.

—Pues claro.

—Eso, y más, si el caso llega; porque yo no soy de bronce ni de asfalto, ni de piedra, y tengo mis sentimientos íntimo pa con las hembras como cualesquiera.

—¡Choca,

porque hablas mejor que el Séneca!

—¿No es verdaz?

—¡Eres un hombre!

—Pero que te diga ella si le ha faltao algo en mi casa.

—¿Quiés callarte? ¡Bueno fuera!